

LIBRO DE ENTRETENIMIENTO
DE LA PÍCARA JUSTINA

FRANCISCO LÓPEZ DE ÚBEDA
(Baltasar Navarrete)

LIBRO DE ENTRETENIMIENTO DE LA PÍCARA JUSTINA,

en el cual, debajo de graciosos discursos, se encierran provechosos avisos.

Al fin de cada número verás un discurso que te muestra cómo te has de aprovechar de esta lectura para huir los engaños que hoy día se usan.

Es juntamente Arte poética, que contiene cincuenta y una diferencias de versos hasta hoy nunca recopilados, cuyos nombres y números están en la página siguiente.

Dirigido a don Rodrigo Calderón Sandelín, de la Cámara de Su Majestad, señor de las villas de la Oliva y Plasenzuela, etc.

Compuesto por el licenciado Francisco de Úbeda, natural de Toledo.

Con privilegio.

Impreso en Medina del Campo, por Cristóbal Laso Vaca.
Año M. DC.V.

TABLA DE ESTA ARTE POÉTICA,
 EN QUE SE PONEN TODAS LAS ESPECIES Y DIFERENCIAS
 DE VERSOS QUE HASTA HOY HAY INVENTADOS, LOS
 CUALES ESTÁN EN ESTE LIBRO REPARTIDOS EN LOS
 PRINCIPIOS DE LOS NÚMEROS

1	Redondillas	lib. 1, pág. 23
2	Quintillas	lib. 1, pág. 35
3	Soneto de pies agudos al medio y al fin	lib. 1, pág. 44
4	Octavas de esdrújulos	pág. 53
5	Terceto de esdrújulos	pág. 65
6	Redondillas con su estribo	pág. 71
7	Glosa de uno en quintillas	pág. 82
8	Octava de pies cortados	pág. 88
9	Redondillas de pies cortados	pág. 101
10	Sextillas	pág. 109
11	Glosa de redondilla	pág. 116

LIBRO SEGUNDO. PARTE 1.^a

12	Canción de a ocho	pág. 127
13	Villancico	pág. 137
14	Endecha[s] con vuelta	pág. 145
15	Liras	pág. 156
16	Octavas españolas y latinas juntamente	pág. 164
17	Rima doble	pág. 166
18	Estancias de consonancia doble	pág. 173
19	Octava pomposa	pág. 185

2.^a PARTE DEL LIBRO SEGUNDO

20	Sáficos y adónicos de consonancia latina	pág. 195
21	Sáficos y adónicos de asonancia	pág. 207
22	Redondillas de pie quebrado	pág. 213

23	Seguidilla	pág. 221
24	Octava con hijuela y glosa	pág. 230
25	Sextillas de pie quebrado	pág. 245
26	Quintillas de pie quebrado	pág. 254
27	Sonetillo de sostenidos	pág. 269
28	Romance	pág. 276
29	Sonetillo simple	pág. 284
30	Media rima	pág. 298
31	Unísonas	pág. 306

3.^a PARTE DEL LIBRO II

32	Esdrújulos sueltos con falda de rima	pág. 316
33	Verso[s] suelto[s] con fin de rima	pág. 328
34	Tercetos de pies cortados	pág. 335
35	Sextillas de pies cortados	pág. 344
36	Liras semínimas	pág. 355
37	Soneto llano	pág. 362
38	Séptima de todos los verbos y nombres cortados	pág. 370
39	Sextillas unísonas de nombres y verbos cortados	pág. 380

LIBRO TERCERO

40	Tercetos de ecos engazados	pág. 389
41	Versos heroicos macarrónicos	pág. 398
42	Canción mayor	pág. 408
43	Octavas de arte mayor antigua	pág. 415
44	Seguidilla cortada	pág. 423
45	Séptima de pies cortados	pág. 427

LIBRO CUARTO

46	Redondillas de solos dos consonantes	pág. 433
47	Liras de pies cortados	pág. 440
48	Redondillas de pies esdrújulos	pág. 448
49	Hexámetros españoles	pág. 456
50	Redondillas de tropel	pág. 466

Son cincuenta maneras de poesía.

PRIVILEGIO REAL

Por cuanto por parte de vos, el licenciado Francisco López de Úbeda, nos fue fecha relación que habíades compuesto un libro intitulado *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*, que tenía dos tomos, el cual os había costado mucho trabajo y estudio, y era muy útil y provechoso, y contenía cosas muy curiosas acerca de la moralidad y de las buenas costumbres; y nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia para lo poder imprimir, y privilegio por término de veinte años o como la Nuestra Merced fuese; lo cual visto por los de nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que manda la premática por nos últimamente fecha sobre la impresión de los libros, fue acordado que debíamos de mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien. Por lo cual, vos mandamos dar licencia y facultad para que, por tiempo de diez años, cumplidos primeros siguientes que eran y se cuentan desde el día de la data de esta nuestra cédula en adelante, vos, o la persona [que] contra ello vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podáis imprimir el dicho libro que de suso se hace mención, con las enmiendas en él puestas por Tomas Gracián, que es la persona a quien por nos se mandó viesse y enmendase el dicho libro.

Y, por la presente, damos licencia y facultad a cualquier impresor de estos nuestros reinos, que vos nombráredes, para que, durante el dicho tiempo, le puedan imprimir por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado cada plana y firmado al fin de él de Francisco Martínez, nuestro secretario de Cámara y uno de los que en nuestro Consejo residen, con que, antes que se venda, le traigáis ante ellos con el dicho original para que se vea si esta dicha impresión está conforme a él, y traigáis fe en pública forma cómo por el

corrector por nos nombrado se vio y corrigió la dicha impresión con el dicho original.

Y mandamos al impresor que así imprimiere el dicho libro lo imprima al principio y primer pliego de él, y no entregue más de un solo libro con el original al autor o persona a cuya costa se imprimiere, para el efecto de la dicha corrección y tasa, hasta que, antes y primero, el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo. Y estándolo, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el cual seguidamente se ponga esta nuestra licencia y privilegio, y la aprobación, tasa y erratas, y no lo podáis vender ni vendáis vos ni otra persona alguna hasta que esté el dicho libro en la forma susodicha, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leyes de nuestros reinos que sobre él disponen.

Y mandamos que, durante el dicho tiempo, persona alguna, sin vuestra licencia, no le puedan imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere o vendiere haya perdido y pierda cualesquier libros, moldes y aparejos que de él tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere. De la cual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra parte para el que lo denunciare.

Y mandamos a los del nuestro Consejo, presidentes y oidores de las nuestras Audiencias, alcaldes, alguaciles de esta nuestra Casa y Corte y Cancillerías, y otras cualesquier justicias de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, a cada uno en su jurisdicción, así a los que ahora son como a los que serán de aquí adelante, que os guarden y cumplan esta nuestra licencia y merced que así os hacemos, y contra ella no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna, so pena de la Nuestra Merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara.

Dada en Gumiel de Mercado, a 22 del mes de agosto de 1604.

YO, EL REY.

Por mandado del Rey, Nuestro Señor,

JUAN DE LA MEZQUITA.

APROBACIÓN

Por mandado de Vuestra Alteza, he visto este libro de apacible entretenimiento, compuesto por el licenciado Francisco López de Úbeda, y me parece que en él muestra su autor mucho ingenio, rara lección en todo género de lectura, gran elegancia y orden, subido estilo, discreto, apacible, gracioso y claro; y que debajo de gracias facetas y tratos manuales, encierra consejos y avisos muy provechosos para saber huir de los engaños que hoy día se usan. Y puede Vuestra Alteza dar la licencia y privilegio que suplica.

A DON RODRIGO CALDERÓN Y SANDELÍN,
DE LA CÁMARA DE SU MAJESTAD, SEÑOR DE LAS VILLAS
DE LA OLIVA Y PLASENZUELA, EL LICENCIADO
FRANCISCO LÓPEZ DE ÚBEDA, QUE SUS MANOS BESA

Señor:

Esta es solo para suplicar a Vuestra Merced me dé licencia para honrar y amparar con el escudo de sus armas este libro, el cual he compuesto solo a fin de que con su lectura, que es varia y de entretenimiento mucho, y no sin flores que, gustadas y tocadas de tan preciosa abeja, darán miel de gusto y aprovechamiento; digo, pues, que le compuse para que Vuestra Merced descansa algún rato del trabajo y peso de los gravísimos negocios en que Vuestra Merced sirve a la persona real de nuestro catolicísimo César y universal Monarca y a estos reinos, mostrando en tan altos puestos las raras prendas de su discreción e ingenio, el valor de su pecho en los negocios arduos, la rara clemencia y mansedumbre con que ha obligado a su servicio todos los ánimos nobles y gratos, y a su amistad grandes príncipes.

Y, demás de esto, ha mostrado la ilustre sangre que Vuestra Merced heredó del señor Francisco Calderón, capitán de la guardia española, padre de Vuestra Merced, cuyas conocidas virtudes y modestia han esmaltado la antigua nobleza de los Calderones y Arandas, sus antecesores, linajes tan antiguos como nobles, y tan nobles como antiguos, a quien dignamente se juntó la clara sangre de los nobilísimos caballeros Sandelines, holandeses, progenitores de Vuestra Merced, cuya persona, casa, salud y estado prospere el cielo largos y felices días en compañía de mi señora doña Inés de Vargas y Carvajal, gloria y honra de la nobleza extremeña.

Vale.

TASA

Tasose este libro, intitulado *La pícaro Justina*, por los señores del Real Consejo, en tres maravedís y medio cada pliego.

PRÓLOGO AL LECTOR,
EN EL CUAL DECLARA EL AUTOR EL INTENTO
DE TODOS LOS TOMOS Y LIBROS
DE *LA PÍCARA JUSTINA*

Hombres doctísimos, graves y calificados, en cuya doctrina, erudición y ejemplo ha hallado el mundo desengaño, las escuelas luz, la cristiandad muro y la Iglesia ciudadanos, han resistido varonilmente a gentes perdidas y holgazanas y a sus fautores, los cuales, con apariencia y máscara de virtud, han querido introducir y apoyar comedias y libros profanos tan inútiles como lascivos, tan gustosos para el sentido cuan dañosos para el alma. Esta ha sido obra propia de varones evangélicos, los cuales no consienten que la honra propia del Evangelio (que consiste en una publicidad y notoriedad famosa) se dé a fútiles e impertinentes representaciones de cosas más dignas de perpetuo olvido que de estamparse en las memorias humanas. Y que no es justo que el nombre de libro, que se dio a la historia de la genealogía y predicación evangélica de Cristo, se aplique a los que contienen cosas tan ajenas de lo que Cristo edificó con su doctrina y pretendió en su venida.

Estos insignes varones han mostrado en esto ser custodios angelicales, que defienden los sentidos para que por ellos no entre al alma memoria del pecado ni aun de su sombra, tan dañosa cuan mortífera; han probado ser jardineros del dulcísimo paraíso de Cristo, pues han pretendido que, para que las tiernas plantas que son los niños cristianos crezcan en la virtud sin impedimento, no les ocupen viendo o leyendo en su tierna edad cosas lascivas; las cuales, para imprimirse en ellos, hallan sus sujetos de cera, y, para despedirse, de bronce; hase visto ser leídos en los santos de la Iglesia y criados a los pechos de su doctrina sin discrepar un punto de ella, pues por ella

han juzgado cuán donoso es en la Iglesia de Dios usar semejantes libros y asistir a las tales representaciones. Han mostrado en esto su modestia y mortificación rara, junta con una gran caridad, pues, a trueco del universal provecho de las almas, han carecido y querido carecer de estos gustos, siendo ellos los que, por la gran capacidad de su ingenio, pudieran mejor juzgar de qué cosa sea gusto, si ya no es que la divina contemplación, a que son dados, les quita el tener por gustos los que el mundo aprueba por tales. Finalmente, entre otras grandes virtudes suyas, dignas de eterna memoria, han mostrado el valor de su cristiano pecho, pues ni el gusto de los potentados holgazanes que amparan este partido, ni los importunos ruegos, ni promesas de grandes intereses y ofertas, ni la contradicción de sabios placenteros ha sido parte para que no contradigan a un tan perjudicial cáncer de la salud del alma, a un hechizo de la carne, a una fantástica ilusión del demonio; y, por decirlo todo, han resistido a un cosario infernal, el cual, a trueco de juguetes niños, compra y cautiva las almas y las engaña como a negros bozales, obra propia de quien cumple y amplifica la de la redención de Cristo y misterios de la redención de las almas, que fue el fin que trajo a Dios del cielo al suelo; y a ellos, a la Iglesia, madre suya, en buena hora y feliz día.

Mas, como sea verdad que el vicio es el más valido, y sus defensores más en número, y la verdad tan atropellada, ya se han introducido tales y tan raras representaciones, tan inútiles libros, que, en la muchedumbre del vulgo que sigue esta opinión, ha[n] anegado y ahogado tan santos consejos cuales son los que referido tengo de estos santos varones, admitiendo sin distinción alguna cualquier libro, lectura o escrito o representación de cualquier cosa por más mentirosa y vana que sea. Y callo el agravio que hacen aun los mismos que escriben a lo divino a las cosas divinas de que tratan, hinchéndolas de profanidades y, por lo menos, de impropiedades y mentiras, con que las cosas de suyo buenas vienen a ser más dañosas que las que de suyo son dañosas y malas. De aquí infiero que si el siglo presente siguiera tan docto y sano consejo como el de estos famosos varones, no me atreviera aun a

imaginar el estampar este libro; pero, atendiendo a que no hay rincón que no esté lleno de romances impresos inútiles, lascivos, picantes, audaces, impropios, mentirosos, ni pueblo donde no se represente amores en hábitos y trajes y con ademanes que incentivan el amor carnal; y, por otra parte, no hay quien arrastre a leer un libro de devoción, ni una historia de un santo, me he determinado a sacar a luz este juguete, que hice siendo estudiante en Alcalá a ratos perdidos, aunque algo aumentado después que salió a luz el libro del *Pícaro*, tan recibido. Este hice por me entretener y especular los enredos del mundo en que vía andar.

Esto saldrá a ruego de discretos e instancia de amigos. Diles el sí. ¿Cumplirelo? No más, sí. Pero será de manera que en mis escritos temple el veneno de cosas tan profanas con algunas cosas útiles y provechosas, no solo en enseñanza de flores retóricas, varia humanidad y lectura, y leyendo en ejercicio toda el arte poética con raras y nunca vistas maneras de composición, sino también enseñando virtudes y desengaños emboscados donde no se piensa, usando de lo que los médicos platicamos, los cuales, de un simple venenoso, hacemos medicamento útil, con añadirle otro simple de buenas calidades, y de esta conmistión sacamos una perfecta medicina purgativa o preservativa, más o menos, según el atemperamento o conmistión que es necesaria.

Si este libro fuera todo de vanidades, no era justo imprimirse; si todo fuera de santidades, leyéranle pocos (que ya se tiene por tiempo ocioso, según se gasta poco); pues, para que le lean todos, y juntamente parezca bien a los cuerdos y prudentes y deseosos de aprovechar, di en un medio, y fue que, después de hacer un largo alarde de las ordinarias vanidades en que una mujer libre se suele distraer desde sus principios, añadí, como por vía de resunción o moralidad (al tono de las fábulas de Hisopo [y] jiroglíficos de Agatón), consejos y advertencias útiles, sacadas y hechas a propósito de lo que se dice y trata.

No es mi intención, ni hallarás que he pretendido, contar amores al tono del libro de *Celestina*; antes, si bien lo miras, he huido de eso totalmente, porque siempre que de eso trato

voy a la ligera, no contando lo que pertenece a la materia de deshonestidad, sino lo que pertenece a los hurtos ardidosos de Justina. Porque en esto he querido persuadir y amonestar que ya en estos tiempos las mujeres perdidas no cesan sus gustos para satisfacer a su sensualidad —que esto fuera menos mal—, sino que hacen de esto trato, ordenándolo a una insaciable codicia de dinero; de modo que más parecen mercaderas, tratantes de sus desventurados apetitos, que engañadas de sus sensuales gustos. Y no solo lo parece así, pero lo es.

Demás, que a un hombre cuerdo y honesto, aunque no le entretienen lecturas de amores deshonestos, pero enredos de hurtillos graciosos le dan gusto, sin dispendio de su gravedad, en especial con el aditamento de la resunción y moralidad que tengo dicho. Y de este modo de escribir no soy yo el primer autor, pues la lengua latina, entre aquellos a quien era materna, tiene estampado mucho de esto, como se verá en Terencio, Marcial y otros, a quien han dado benévolo oído muchos hombres cuerdos, sabios y honestos. Pienso que los que así escriben, añadiendo semejantes resunciones a historias frívolas y vanas, imitan en parte al Autor natural, que de la nieve helada y despegadiza saca lana cálida y continuada, y de la niebla húmeda saca ceniza seca, y del duro y desabrido cristal saca menudos y blandos bocados de pan suave.

Consulté este libro con algunos hombres espirituales, a quien tengo sumo respeto, y sin cuyo consentimiento no me fiara de mí mismo, y dijéronme de mi libro que, así como Dios permitía males para sacar de ellos bienes, y junto con el pecado suele juntar aviso, escarmiento y aun llamamiento de los escarmentados, así (supuesto que en estos tiempos miserables tan desenfrenadamente se apetece la memoria de cosas vanas y profanísimas) es bien que se permita esta historia de esta mujer vana (que por la mayor parte es verdadera, de que soy testigo), conque, junto con los malos ejemplos de su vida, se ponga, como aquí se pone, el aviso de los que pretendemos que escarmienten en cabeza ajena. Bien sé que en otro tiempo no fueran de este parecer, y así me lo dijeron, ni yo sin su parecer me fiara de mí mismo; pero, por esta vez, probemos. Y permítaseme que pruebe si acaso tantos como están

resueltos de leer, así como así, lecturas profanas y aun deshonestas, leyendo aquí consejos insertos en las mismas vanidades, de que tanto gustan, tornarán sobre sí y acabarán de conocer los enredos de la vida en que viven, los fines desastrosos del vicio y los daños de sus desordenados gustos. Y, finalmente, probemos si acaso por aquí conocerán cuán fútil y de poca estima y precio es la vida de los que solo viven a ley de sus antojos, que es la ley que Séneca llamó ley desleal y Cicerón ley espuria o adúltera.

En este libro hallará la doncella el conocimiento de su perdición, los peligros en que se pone una libre mujer que no se rinde al consejo de otros; aprenderán las casadas los inconvenientes de los malos ejemplos y mala crianza de sus hijas; los estudiantes, los soldados, los oficiales, los mesoneros, los ministros de justicia, y, finalmente, todos los hombres, de cualquier calidad y estado, aprenderán los enredos de que se han de librar, los peligros que han de huir, los pecados que les pueden saltar las almas. Aquí hallarás todos cuantos sucesos pueden venir y acaecer a una mujer libre; y, si no me engaño, verás que no hay estado de hombre humano, ni enredo, ni maraña para lo cual no halles desengaño en esta lectura. Aun lo mismo que huele a estilo vano no saldrá todo junto, atendiendo al gasto propio y al gusto ajeno. No doy este libro por muestra, antes prometo que lo que no está impreso es aún mejor; que Dios comenzó por lo mejor, pero los hombres vamos de menos a más.

Puse dos consideraciones en dos balanzas de mi pensamiento. La una fue que acaso algunos, leyendo este libro, sería posible aprendiesen algún enredo que no atinaran sin la lectura suya. Diome pena; que sabe el Señor temo el ofender Su Majestad divina como al infierno, cuanto y más ser catedrático y enseñar a pecar desde la cátedra de pestilencia. Puse en otra balanza que muchos —y aun todos los que leyeren este libro— sacarán de él antídoto para saber huir de muchas ocasiones y de varios enredos que hoy día la Circe de nuestra carne tiene solapados debajo de sus gustillos y entretenimientos. Mas pesó tanto la segunda balanza, que atropelló el peso del primer inconveniente. Demás de que ya son tan públi-

cos los pecadores y los pecados, escándalos y malos ejemplos, ruines representaciones de entremeses y aun comedias, alcahueterías y romances, coplas y cartas, cantares, cuentos y dichos, que ya no hay por qué temer el poner por escrito en papel lo que con letras vivas de obras y costumbres manifiestas anda publicado, pregonado y blasonado por las plazas y cantones. Que este es el tiempo en que, por nuestros pecados, ya los malos pecan tan de oficio, que se precian de pecar como si cada especie de pecado, cuanto más inorme y feo es, tanto más compitiera con la gloria de un famoso artificio, ciencia, hazaña o valentía muy famosa.

Finalmente, pienso (debajo de mejor parecer) ser muy lícito mi intento, y si no, condénense las historias gravísimas que refieren insignes bellaquerías de hombres facinerosos, lascivos y insolentes; condénese el procesar a vista de testigos y de todo el mundo, y el relatar feísimos crímenes y delitos, según y como se hace en las reales salas del crimen, donde reside suma gravedad, acuerdo y peso; condénense los edictos en que se hace pública pesquisa de crímenes enormes y graves; condénense las reprehensiones de los predicadores que hacen invectivas contra algunos vicios en presencia de algunos que están sin memoria e imaginación de ellos. Pero, pues esto no se condena, antes es santo y justo, quiero que, por lo menos, se conceda que mi libro es no digo santo, que eso fuera presunción loca, ni tal cual es la menor de las cosas que he referido; pero, a lo menos, concédase que el permitirse será justo, pues no hay en él número ni capítulo que no se aplique a la reformation espiritual de los varios estados del mundo.

Sin esta utilidad, tiene mi libro otra, y es que no piensen los mundanos engañadores que tienen ciencia que no se alcanza de los buenos y sencillos por especulación y buen discurso, ya que no por experiencia. Y, para conseguir este santo fin que prometo, había determinado hacer un tratado al fin de este libro, en el cual pusiese solas las resunciones y aplicaciones al propósito espiritual; y moviome el pretender que estuviese cada cosa por sí y no ocupase un mismo lugar uno que otro. Pero, mejor mirado, me pareció cosa impertinente.

Lo uno, porque el mundano, después de leído lo que a su gusto toca, no hará caso de las aplicaciones ni enseñanzas espirituales, que son muy fuera de su intento, siendo este el mío principal. Lo otro, porque después de léidos tantos números y capítulos, no se podría perceber bien ni con suficiente distinción adonde viene cada cosa. Y, por esto, me determiné de encajar cada cosa en su lugar, que es a fin del capítulo y número, lo cual puse muy breve y sucintamente, no porque sea lo que menos yo pretendo, sino porque, si pusiera esto difusa y largamente, destruyera mi mismo intento; que quien hoy día dice cosas espirituales larga y difusamente, puede entender que no será oído; ca en estos tiempos, estas cosas de espíritu, aun dichas brevemente, cansan y aun enojan.

Quiera Dios que yo haya acertado con el fin verdadero, y el pío lector con el que mi buen celo le ofrece, a honra y gloria de Dios, que es el fin de nuestros fines.

PRÓLOGO SUMARIO
DE AMBOS LOS TOMOS DE *LA PÍCARA JUSTINA*

Justina fue mujer de raro ingenio, feliz memoria, amorosa y risueña, de buen cuerpo, talla y brío; ojos zarcos, pelinegra, nariz aguileña y color moreno. De conversación suave, única en dar apodos, fue dada a leer libros de romance, con ocasión de unos que acaso hubo su padre de un huésped humanista que, pasando por su mesón, dejó en él libros, humanidad y pellejo. Y así, no hay enredo en *Celestina*, chistes en *Momo*, simplezas en *Lázaro*, elegancia en *Guevara*, chistes en *Eufrosina*, enredos en *Patrañuelo*, cuentos en *Asno de oro*, y, generalmente, no hay cosa buena en romancero, comedia, ni poeta español cuya nata aquí no tenga y cuya quinta esencia no saque.

La suma de estos tomos véala el lector en una copiosa tabla. Mas, si con más brevedad quieres una breve descripción de quién es Justina y todo lo que en estos dos tomos se contiene, oye la cláusula siguiente, que ella escribió a Guzmán de Alfarache antes de celebrarse el casamiento:

Yo, mi señor don Pícaro, soy la melindrosa escribana, la honrosa pelona, la manchega al uso, la engulle figgas, la que contrafigo, la fisguera, la festiva, la de aires bola, la mesonera astuta, la ojienjuta, la celeminera, la bailona, la espabila gordos, la del adufe, la del rebenque, la carretera, la entretenedora, la aldeana de las burlas, la del amapola, la escalfa fulleros, la adivinadora, la del penseque, la vergonzosa a lo nuevo, la del ermitaño, la encartadora, la despierta dormida, la trueca burras, la envergonzante, la romera pleitista, la del engaño meloso, la mirona, la de Bertol, la bizmadera, la esquilmona, la defantasmadora, la desenojadora,

la de los coritos, la deshermanada, la marquesa de las Motas, la nieta pegadiza, la heredera inserta, la devota maridable, la busca roldanes, la ahidalgada, la alojada, la abortona, la bien celada, la del parlamento, la del mogollón, la amistadera, la santiguadera, la depositaria, la gitana, la palatina, la lloradora enjuta, la del pésame y río, la viuda con chirimías, la del tornero, la del disciplinante, la paseada, la enseña niñas, la maldice viejas, la del gato, la respostona, la desmayadiza, la dorada, la del novio en pelo, la honruda, la del persuadido novio, la contrasta celos, la conquista bolsas, la testamentaria, la estratagemera, la del serpentón, la del trasco, la conjuradora, la mata viejos, la barqueada, la loca vengativa, la astorgana, la despachadora, la santiaguesa, la de Julián, la burgalesa, la salmantina, la ama salamanquesa, la papelista, la excusa barajas, la castañera, la novia de mi señor don Pícaro Guzmán de Alfarache, a quien ofrezco cabrahigar su picardía para que dure los años de mi deseo.

Estos epítetos son cifra de los más graciosos cuentos, aunque no de todos los números, porque son muchos más. Pero porque aquí se ponen tan sucintamente, remito al lector a la tabla siguiente.

INTRODUCCIÓN GENERAL
PARA TODOS LOS TOMOS Y LIBROS,
ESCRITA DE MANO DE JUSTINA,
INTITULADA
LA MELINDROSA ESCRIBANA.

DIVÍDESE ESTA INTRODUCCIÓN
EN TRES NÚMEROS

Es tan artificiosa
introducción que
con su ingenio
capta la
benevolencia a
los discretos, y
con su dificultad
despide, desde
luego, a los
ignorantes.

NÚMERO I

Del melindre al pelo de la pluma

Suma del número.

Redondillas

*Cuando comenzó Justina
a escribir su historia en suma,
se pegó un pelo a su pluma,
y al alma y lengua mohína.*

*Y, con aquesta ocasión,
dice símbolos del pelo
y mil gracias muy a pelo
para hacer su introducción.*

Un pelo tiene esta mi negra pluma. ¡Ay, pluma mía, pluma mía!, ¡cuán mala sois para amiga, pues, mientras más os trato, más a pique estáis de prender en un pelo y borrarlo todo! Pero no se me hace nuevo que me hagáis poca amistad, siendo, como lo sois, pluma de pato; el cual, por ser ave que

Pluma de pato es
símbolo de la
amistad
inconstante

ya mora en el agua como pez, ya en la tierra como animal terrestre, ya en el aire como ave, fue siempre símbolo y figura de la amistad inconstante, si ya no dicen los escribanos del número —y aun los sin número— que con ellos han hecho treguas sus plumas. En fin, señor pelo, no me dejáis escribir.

No sé si dé rienda al enojo, o si saboree el freno a la gana de reírme, viendo que se ha empataado la corriente de mi historia y que todo prende en el pelo de una pluma de pato. Mas no hay para qué empataarme; antes, os confieso, pluma mía, que casi me viene a pelo el gustar del que tenéis, porque imagino que con él me decís mil verdades de un golpe, y un golpe de mil verdades. Y entenderéis el cómo si os cuento un cuento que puede ser cuento de cuentos.

La prudentísima reina doña Isabel, prez y honor de los dos reinos, queriendo persuadir al rey don Fernando que cierta derrota y jornada que intentaba era tan contra su gusto cuan contra el buen acierto, volvió los ojos a unas malvas que estaban en el camino y, mirándolas, le dijo:

—Señor, si el camino donde están malvas, y no otra cosa, nos hubiera de hablar en esta ocasión a vos y a mí, ¿de qué tratará?

Respondió el rey:

—Vos lo diréis, señora.

Entonces dijo la reina:

—Claro es que el camino, donde solas las malvas sirvieran de lengua, no supieran, en esta ocasión, decirnos a mí ni a vos otra cosa, sino «mal vas».

Volvió la rienda el prudentísimo monarca y, sonriéndose, dijo a su Isabela:

Huélgase de la
travesía del pelo

Cuento a
propósito que los
pelos hablan.

Pregunta de la
reina doña Isabel

—No entendí que las malvas sabían hablar tan a propósito y tan bien.

La reina, echando el sello a su prudentísimo discurso y catecismo, dijo:

—No os espantéis, señor, de que las malvas hablen tan bien, porque los yerros de los reyes, como son personas tan públicas y comunes, por secretos que sean, las piedras los murmuran, y las malvas los pregonan.

Dijo la reina por extremo bien; que aun allá fingió el poeta que por doquiera que caminaba Júpiter, rey de los dioses, llevaba delante de sí, como pajes de hacha, sol y luna y todas las estrellas, para que el mundo y dioses menores viesen los caminos por donde su rey andaba. Y otro pintó a un rey cargado de los ojos de sus vasallos.

Mirad, pues, ¡oh pelos de mi pluma!, cuánto me honráis y cuánto os debo, pues, para decir mis yerros, mis tachas y mis manchas, hacéis lengua de vuestros pelos, como si fueran yerros de real persona, que las malvas los pregonan. Así que, de haberse atravesado este pelo, y de lo que yo alcanzo por la judiciaria picaral, colijo para conmigo que mi pluma ha tomado lengua, aunque de borra, para hablarme. Sin duda, que me quiere dar matraca por ver que me hago coronista de mi misma vida. En lo cierto estoy, como si lo adivinara. Ella es matraca.

Al arma, señora pluma. Aquí estoy y resumo fielmente lo que me decís, porque en pago escribáis con fidelidad lo que yo os dijere.

¿Ofrecéisme ese pelo para que cubra las manchas de mi vida o decisme, a lo socarrón, que a mis manchas nunca las cubrirá pelo? Agradézcoos la buena obra, pero no la buena

Los hechos de los reyes las piedras los pregonan.
Cuento a propósito y una fábula.
Los reyes son muy sojuzgados.
Tráense a propósito jeroglíficos.

[El pelo de la pluma honra a la escritora].

Fíngese que los pelos dan matraca a la Pícara; habla con ellos y responde.

voluntad, ni menos la sana intención. Mas entended que no pretendo, como otros historiadores, manchar el papel con borrones de mentiras, para, por este camino, cubrir las manchas de mi linaje y persona. Antes, pienso pintarme tal cual soy, que tan bien se vende una pintura fea, si es con arte, como una muy hermosa y bella; y tan bien hizo Dios la luna, con que descubrir la noche oscura, como el sol, con que se vee el claro y resplandeciente día. En las plantas hacen labor las espinas; en los tiempos, el verano, y en el orden del universo también hacen su figura los terrestres y ponzoñosos animales; y, finalmente, todo lo hizo Dios hermoso y feo. Dígolo a propósito que no será fuera de él pintar una pícara, una libre, una pieza suelta, hecha dama a puro andar de casa en casa como peón de ajedrez; que todo es de provecho si no es el unto del moscardón. Los que pretendieren entretenimiento, tras el gasto hallarán el gusto.

No quiero, pluma mía, que vuestras manchas cubran las de mi vida, que (si es que mi historia ha de ser retrato verdadero, sin tener que retratar de lo mentido), siendo pícara, es forzoso pintarme con manchas y mechas, pico y picote, venta y monte, a uso de la mandilandinga. Y entended que las manchas de la vida picaresca, si es que se ha de contar y cantar en canto llano, son como las del pellejo de pía, onza, tigre, pórfido, taracea y jaspe, que son cosas las cuales con cada mancha añaden un cero a su valor.

Mas ya querréis decirme, pluma mía, que el pelo de vuestros puntos está llamando a la puerta y al cerrojo de las amargas memorias de mi pelona francesa. Pareceisme al galán que, por quejarse de un golpe de los desvíos

No es fuera de propósito pintar una vida pícara. Tráense símiles a propósito.

La vida pícara préciase de sus tachas. Símiles a propósito.

El pelo de la pluma moteja de pelada y bubosa. Cuento a propósito.

presentes y daños pasados de su dama, hizo que le sacasen de invención, echado en un pelambre, con un mote que decía:

*Acordaos de un olvidado,
que por vos está pelado.*

Así vos, con ese pelo, queréis publicar mi pelona, antes que yo la escriba. Según eso, ya me parece, señora pluma, que me mandáis destocar y poner *in puribus*, como a luchador romano, y que, animando vuestros puntos a la batalla, viéndolos con pelo y a mí sin él, tocáis al arma y les hacéis el parlamento, fundándolo en el que se suele practicar en la batalla del ajedrez, que dice: «Cuando tuvieres un pelo más que él, pelo a pelo te pela con él».

Confíesoos de plano, señora pluma, que, con solo un pelo que se os ha pegado a los puntos, me lleváis conocida ventaja; y confieso —si ya por tanto confesar no me llaman confesa— que los pelos que de ordinario traigo sobre mí andan más sobre su palabra que sobre mi cabeza, que tienen más de bienes muebles que de raíces; que son como naranjas rojas puestas en arco triunfal, que adornan plantas que no conocen por madres ni aun por parientas; y que son mis cabellos de manera que, si me toco de almirante, temo barajas de poste, no tanto por el chinchón (que, como ha tanto que soy condesa de Cabra, no temo golpes de frente), cuanto porque, como mis cabellos son amovibles y borneadizos, temo que al primer tope vuelva barras al almirante y descubra el calvatuerno de mi casquete; el cual, como está bruñido sobre negro, parece pavonado como pomo de espada.

Matraca a un
buboso y pelado;
y dícelo la pícara
por sí misma.

Cabellos de un
buboso;
compáranse, etc.

¿Toda esta fanega de confusiones confieso que hay para ello? Digo que sí. Concedo que soy pelona docientas docenas de veces ¿Seré yo la primera que anocheció sana en España y amaneció enferma en Francia? ¿Seré yo la primera camuesa colorada por de fuera y podrida por de dentro? ¿Seré yo el primer sepulcro vivo? ¿Seré yo el primer alcázar en quien los frontispicios están adornados de ricos jaspes, pórfidos y alabastros, encubriendo muchos ocultos embutidos de tosca mampostería, y otras partes tan secretas como necesarias? ¿Seré yo la primera ciudad de limpias y hermosas plazas y calles, cuyos arrabales son una sentina de mil viscosidades? ¿Seré yo la primera planta cuya raíz secó y marchitó el roedor caracol? ¿Seré yo la primer mujer que, al pasar el lodo, diga las tres verdades de un golpe, cuando, enfaldándome por todos lados, diga: «Muy sucio está esto»? En fin, ¿seré yo la primera fruta que huela bien y sepa mal?

No me corro de eso, señora la de los pelos; antes, pretendo descubrir mis males, porque es cosa averiguada que pocos supieran vivir sanos si no supieran de los que otros han enfermado; que los discretos escriben el arancel de su propia salud en el cuerpo de otro enfermo; y no hay notomía que menos cueste y más valga que la que hace la noticia propia y la experiencia ajena. ¿Y piensa el dómine pelo que de eso me corro yo? ¡Dolor de mí, si supieran los señores cofrades del grillimón que me corría yo de pagar culpas oscuras con penas claras! No, mi reina; que ya se sabe que un mismo oficial es el que tunde las cejas y la vergüenza y, de camino, con el tocino de las tijeras, unta las mejillas para desterrar el rosicler de las corridas. Un clavo saca otro; como

Símiles para consolarse un buboso.

Mujer cuando dice tres verdades de un golpe.

Prueba convenir manifestar sus enfermedades.

este mal es todo corrimientos, con él se quitan los corrimientos; y así, se ve que ningún pelado se corre, por más que lluevan figas y matracas. Otra tecla toque, señor pelo; que esa, por más que se curse, nunca me sonó mal. Antes, en buena fe, que me holgase saber si hogaño los señores cofrades publican congregación, porque, como quien soy, juro (a lo menos como quien fui, que el otro juramento daba el golpe en vago) de ir, por honrar su junta, más cargada de parches por la cara que si ella fuera privilegio rodado, y ellos, sellos pendientes.

Los bubosos no tienen vergüenza ni se corren, y por qué.

Juramento en vago.

¡Desmelenadas, desmelenadas de nosotras, si cuando nuestros gustos dieron al dolor la tenencia de nuestros cuerpos, desterraran para siempre de nuestras almas el consuelo! Como si el alma no pudiera, o no supiera, dar posada a muchos gustos que vienen en hábito de peregrinos, mientras el cuerpo llora y afana. Sin pelo salí del vientre de mi madre, y sin pelo tornaré a él; y si alguno pensare que nací con pelo, como hija de selvajes, terné el consuelo de la rana.

No quita un dolor todos los gustos.

Dicen las fábulas, a propósito de que nadie hay contento con su suerte, que la rana en realidad de verdad nació con pelo, pero no tanto que no naciese con mucha más envidia que pelo. Y de quien tuvo envidia fue del cisne y de la mosca: del cisne, porque cantaba dulcemente en el agua, y de la mosca, porque dormía todo el invierno sin cuidado. Y así, pidió a Júpiter le diese modo como ella durmiese todo el invierno y cantase todo el verano. El Júpiter oyó benignamente su petición y la dijo:

Fábula a propósito de cómo se consuelan los bubosos. Mosca y cisne envidiados de la rana.

—Hermana rana, harase lo que me pedís; mas, para conseguir el efecto que pretendéis, es necesario que os peleemos, y del pelo que

os quitaremos se os infundirá una almohada sobre que durmáis todo el invierno como la mosca; y del mismo pelo os haremos una lengua de borra con que al verano cantéis, no con tanta melodía como el cisne, pero con más gusto y mejor ocasión, pues él canta para convidar a la muerte, pero vos cantaréis para entretener la vida.

Pelose la rana, y el pelarse le valió conseguir su gusto y su petición.

A propósito. Los pelados tenemos este consuelo: que si algún tiempo fuimos gente de pelo y ahora no le tenemos más que por la palma —¡Dios sea loado!—, podemos decir que del pelo hecimos almohada para dormir, mientras los sanos están en misa y sermón, imitando las moscas, que todo el invierno son de la cofradía de los siete dormientes; y juntamente, hecimos lengua de borra para decir de todos sin empacho. Y viene esto bien con el refrán de los del hospital de la folga, en Toledo, que dice: «Los pelados son hidalgos eclesiásticos y pájaros arpados». Y dícenlo porque los de nuestra facción sin pena pierden la misa, y sin vergüenza la fama. Dicen de todos más que relator en sala de crimen, y aun de sí no callan; y si una vez dan barreno a la cuba del secreto, hasta las heces derrama. Para decir de los otros, son como galeotes en galera y, para pregonar su caza, son como gallinas ponedoras, que para un huevo atruenan un barrio.

Sor pelo, sepa que, si en el discurso de la matraca de la pelona lo quisiéramos meter a voces, no nos faltara cómo echarlo por la venta de la zarzaparrilla. Mil escapatorias tuvimos, que sesenta son las especies de las bubas, como las de la locura, y se apela de una

Aplícase la fábula.

Bubosos: hidalgos eclesiásticos y pájaros arpados, y por qué.

Bubosos son parleros. Sesenta especies de bubas.

para otra por vía de agravio. Y más yo, que, a puro pasar clases, estoy de la otra parte de las bubas; pero no es mi desiño que salgan las monas de máscara, sino que se venda cada cosa por lo que es. Si yo quiero —después de haber sido ladrona del tiempo— predicar al pie de la horca, ¿quién me puede condenar, si no es algún sin alma que no quiere escarmentar en cabeza ajena? El cisne canta su muerte; el cínife, los daños de la cánicula; la rana, los ardores del verano; el carro, su carga y su peligro, y el invierno pregona, con trompetas y atabales del cielo, los rayos y tempestades. Según esto, ni es injusto ni indecente que permitan el cielo y el suelo el que sea pregonera de sus males la misma que los labró por sus manos, y que con el mismo estilo con que hablaba, cuando sin sentir nada, o por sentir demasiado, se le pegó esta roña, diga ahora, a lo pícaro y libre, lo que cuesta el haberlo sido. Así que, para con este artículo de retarme en España lo que pequé en Francia, ya he cumplido.

Mas paréceme que me dice mi pluma que se le ofrece otro escrúpulo, en prosecución de lo que significa el pelo atravesado a tal coyuntura, y es lo siguiente:

Díceme mi pelo que me llamó pelona no por bubosa, sino por pobre. ¡Oh, qué lindo! Hablara yo entre once y mona, cuando contrapuntea el cochino. Sepa, señor pelo, que viene a pospelo esa injuria, y aun no la tengo por tal, ni habrá pícara que tal sienta, porque pobreza y picardía salieron de una misma cantera; sino que la picardía tuvo dicha en caer en algunas buenas manos que la han pulido y puesto en más frontispicios que rétulos de comedias; y a la pobreza la arrimaron en la

Abona el tratar de la picardía y bubas con varios símiles.

Abona el hablar a lo pícaro.

El pelo moteja de pobre, pícara, pelona.

Pobreza, hermana de picardía, y en qué se diferencian.

casa de una viuda vieja y triste; la cual, queriéndola labrar para sacar de ella un mortero para hacer salsas de viandantes, sacó de ella un cepo de limosna. Y por tanto, como la sangre sin fuego hierva, dondequiera que se encuentran pobreza y picardía se dan el abrazo que se descostillan. Y yo, que del ripio del mortero de la vieja cogí más que nadie, tan lejos estoy de correrme de eso y de que me llaméis pelona, que antes es el mote que ciñe el blasón de mi gloria y adorna el festón y cuartel de mis armas.

Llamome pobre y pícara mi pluma. ¡Gran cosa!, ¡como si los pobres no tuvieran la piámater en su sitio! ¿Es porque no tengo más que unas jerviguillas, y esas ruines? Pues emperador ha habido tan desherrado que tenía unos zapatos solos, y para remendarlos se quedaba en casa, hecho pisador de uva o torneador de tinteros, que son oficios de a pie mondo. ¿Es porque los pícaros siempre que comemos vamos a menos? Pues capitán ha habido a quien príncipes tributarios suyos le encontraron cenando nabos pasados por agua, dando en ellos con tal prisa y furia que se podía decir con toda propiedad que era la batalla nabal. ¿Es porque los pobres traemos el testamento en la uña del meñique? Pues romanos cónsules ha habido para cuyo entierro fue forzoso pedir limosna, sin haber muerto con otra deuda más que la del cuerpo a la dura tierra, ¿Ello es, en resolución, que los pícaros somos pobres, mendigones, menesterosos? Pues ¿no sabes, pluma mía, que la diosa Pandora fue pobre, y por serlo tuvo ventura, y aun acción, a que todos los dioses la contribuyesen galas, cada cual la suya?

Pobreza, mortero de salsas.
Pobreza, cepo de limosna.

Alabanza de la pobreza.
Ejemplos verdaderos aplicados ridículamente.
Pícaros, cuando comen, van a menos.

Batalla nabal.

El pobre sobre todas las haciendas tiene juro, y aun el español tiene votos, porque siempre el pobre español pide jurando y votando. Si, juntamente con ser yo pobre, fuera soberbia, tuviera por gran afrenta el llamarme pelona, como también la misma diosa tuvo por afrenta que se lo llamasen, cuando, por haber sido pobre y soberbia, la desplumaron y pelaron toda los mismos dioses que la habían dado sus ricas y preciosas plumas, y, por afrentoso nombre, la llamaron la Pelona o la Pelada. Y de ahí ha venido que a algunos pobres hidalgos, que de ordinario traen la bolsa tan llena de soberbia cuan vacía de moneda, y piensan que por el barreno del casco han de evaporar el aire y yerran el golpe, los llaman Pelones, porque son pobres pelones como la diosa pelada. Esos se podrán correr del titulillo, pues son pandorgos pelados; pero yo, pobreta, que no hay hombre a quien no me someta, no tengo por afrentoso el nombre. ¡Tristes pícaras! Si nos preciamos de emplumadas, mal; si de peladas, también. Digo que del mal, lo menos: más quiero ser pelada que emplumada.

Paréceme, señor pelo, que no hay ya qué hacer aquí, pues, cuanto me ha querido decir no encaja. Podría yo jugar con él al juego que llaman los niños «pelos a la mar» y echarle con un soplo a galeras, y no estoy muy fuera de hacerlo. Pero antes que le dé yo vaya y se vaya, le quiero hacer una fanega de mercedes, y son: que le doy licencia para que se alabe de que, sin saber lo que ha hecho, me ha hecho sacar del arca un celemín de retórica, porque, con atravesárame en la pluma y discurrir los símbolos del pelo y de los pelones, he tenido buena ocasión para pintar mi persona y cualidades, lo cual es documento retórico y necesario para cual-

La pobreza tiene acción a todo. Pruébalo.

Pobreza con soberbia es cosa afrentosa. Ejemplo.

Hidalgos pobres se llaman Pelones, y por qué. Pobres hidalgos son pandorgos.

Confusión de pícara.

Juegos de «pelos a la mar».

Aplícase el a través el pelo al hacer el autor su introducción retórica.

quier persona que escribe historia suya o ajena, pues debe en el exordio poner una suma del sujeto cuya es, describiendo su persona y cualidades, en especial aquellas que más a cargo suyo toma el historiador.

Cualidad de exordios.

De manera que mi pluma, aprovechándose de sola la travesía de un pelo, ha cifrado mi vida y persona mejor y más a lo breve que el que escribió la *Iliada* de Homero y la encerró debajo de una cáscara de una nuez. Ni fue mejor abreviador el artífice Mimercedes. Solo un pelo de mi pluma ha hablado que soy pobre, pícara, tundida de cejas y de vergüenza, y que, de puro pobre, he de dar en comer tierra, para tener mejor merecido que la tierra me coma a mí, que, si me rasco la cabeza, no me come el pelo. Y según mi pluma lleva la corriente atrevida y disoluta, a poca más licencia, la tomará para ponerme de lodo, porque quien me ha dado seis nombres de «p» (conviene a saber: *pí*cara, *p*obre, *p*oca vergüenza, *p*elona y *p*elada) ¿qué he de esperar, sino que, como la pluma tiene la «p» dentro de su casa y el alquiler pagado, me ponga algún otro nombre de «p» que me eche a puertas? Mas, antes que nos pope, quiero soplarle, aunque me llamen soplona.

Nota el artificio con que se trae todo lo dicho a propósito, y se resume lo dicho.

La pluma da seis nombres de «p».

Sopla Justina la tinta para quitar el pelo de la pluma.

Aprovechamiento

De lo que has leído en este número primero, lector cristiano, colegirás que hoy día se precian de sus pecados los pecadores, como los de Sodoma, que con el fuego de sus vicios merecieron el fuego que les abrasó. Es, sin duda, que el mundo y demonio, por fomentar la liga que tienen hecha con la carne, nuestra enemiga, acreditan y honran los vicios carnales.

NÚMERO II

*Del melindre a la mancha**Suma del número.*

Quintillas

*Por soplar, manchó Justina
saya, tocas, dedos, palma;
y por el mal que adivina,
aunque no era tinta fina,
le llegó la mancha al alma.*

*Que no hay más justo recelo
que temer manchas de lengua,
pues no hay jabón en el suelo
que, si te manchan un pelo,
te pueda sacar la mengua.*

A propósito de la mancha de la saya, prosigue artificiosamente el autor la introducción de su libro.

¡Ay, que me entinté palma, lengua, toca y dedo por quitar un pelo! Ya yo sabía, señora tinta, que vivo en Cuaresma y con velaciones cerradas, sin que ella viniera muy aguda a echar sobre el retablo de mis dedos otro de duelos con el guardapolvo de su luto. Pues no nos coque, que tiempo hubo en el cual, si yo quisiera, me sobrarian sacrismochos que de un instante a otro me quitaran el guardapolvo y me pusieran de veinte y cinco. Pasó aquel tiempo, vino otro. No es por culpa mía. Atribúyolo a la Fortuna, que es ciega; al tiempo, que es loco; al albedrío humano, que es volterio, y, para decir verdad, parte de culpa tienen unos sulquillos que me han salido a la cara, que algunos los llaman rugas; y engáñanse, no lo son, sino que mi rostro es muy blando de carona, y los cabellos soldadizos, que de noche se me han derribado por cuello, cara y frente, me sulcaron la carne y me dejaron estas señales; y yo, de puro enojada contra tan traviosos cabellos, los segué un agosto

Quéjase de los daños de la tinta.

Pinta el tiempo de su mocedad y cómo todo se muda.

Excusa sus rugas graciosamente.

Excusa el habersele caído los cabellos.

y me unté con sangre de morciélago, porque no naciesen más cabellos tan villanos y tan amigos de arar tierra virgen. Y, aunque hallé remedio para dar carta de lasto a mis cabellos, no le he descubierto para embeber estas alforzas o bregaduras del rostro, que parece hojaldrado.

Rugas no se encubren.

Una bruja me dijo que no se me diese nada, que diz que las rayas de mi rostro no se me echaban de ver más que por la palma. ¡Tómame el consuelo!; Como si en la palma no se vieran las rayas! Ahora bien, pasé de la raya, y saliéronme muchas rayas. No importa; que el alma tiene muchos agujeros y, si huye de la cara, acude a la lengua.

Consuelo de una mujer vieja.

Consuélome con que, si la tinta se entona, por lo mucho que reluce, a poder de goma preparada, tiempo hubo en que relucía mi cara como bien acecalada; tiempo en el cual mi cara andaba al olio, mudando más figuras que juego de primera, ejercitando más metamorfosis que están escritos en el poeta de las *Odas*, mudando más colores que el camaleón, estrujando pasas, encalando carbón, desherum[br]ando redomas; en fin, tiempo en el cual estaba en mi mano ser blanca o negra, morena o rubia, alegre o triste, hermosa o fea, diosa o sin dios. Verdad es que, como esta arte estabularia requiere ciencia y potencia, yo lo compasaba de modo que la potencia la encomendaba a mi mocedad y a mis manos; y la ciencia, a tres redomas y dos salseras. Y con esto, cuando tañían a concejo en mi villa el día de fiesta, cantaba yo al son de mi bandurria tres y dos son cinco, ¡y adiós, que esquilan!

Píntase una mujer afeitada.

Todo el bien parecer está en manos de una mujer. Quien se afeita tiene la potencia en las manos y la ciencia en las salseras.

Mas ¡ay!, que no hay tanta infelicidad cuanto haber sido dichosa una persona. Este amargo trago, a questa memoria triste debo yo

De qué se acuerda y con qué ocasión.

a la mancha y fealdad que la tinta ha querido poner en los dedos con que yo solía hacer estas maravillas.

Mas creedme, señora tinta, que, aunque más ufana estéis de haber manchado mis dedos, toca y lengua, y tras esto lo estéis de que la mancha vuestra me llegó al alma, por lo menos no podréis negarme que habéis calificado mi historia, porque, de haber vos dado a entender que ya no tengo sumilleres de corps, ni de cortina, ni sacrismochos despolverantes desojados por mi contemplación, creerán que soy escritora descarnada, desocupada de mociles ejercicios, que ni me vierto ni divierto, que estoy machucha, que soy de mollera cerrada, que soy cogitabunda y pensativa, y no como otros historiadores de jaque de ponte bien que de la noche a la mañana hacen madurar una historia como si fuera rábano.

Pero, porque no se alabe tanto la hermana tinta, ni se precie de manchega y de que se halla bien en estas carnes pecadoras, ¡a fe que la he de quitar con saliva!

¡Ay, ay! ¡Por el siglo del buen Diego Diez, mi padre, que he mojado tres veces el dedo con saliva en ayunas y no quiere salir la mancha! Demonio es la negra tinta, pues, aunque fuera serpiente, hubiéramos ya aventádola y aun muértola; que, según dicen en alabanza del ayuno, la saliva en ayunas mata las serpientes. Mas, según veo, esta tinta, mientras más la escupo, cunde tanto como si fuera olio, con que asientan y se entrañan la tinta y colores. Por mi fe, que lleva camino de pedir término perentorio y meses de plazo antes de salir a cumplir el destierro. Aun si fuese peor de sacar una mancha de las carnes que de los vestidos, sería el diablo.

Aplicase la mancha a la introducción de la historia.

Moja Justina el dedo y no puede quitar la mancha; antes, se entinta la saya. Hace de ello melindre y concluye a propósito.

Saliva en ayunas.

Peor está que estaba. Juro como mujer de bien —a lo menos, como mujer de buenos— que, por quitar la mancha del dedo, se me ha entintado la saya blanca de cotonía, puesta de hoy. Ya es esto mal pronóstico. Tiros son a mi fama, irremediable pena; que, en fin, para el vestido hay jabón, pero no para la mengua en la fama, contra quien esta mancha arma la mamona, estando en ley jiroglífica, y quiere que mi misma pluma dispare contra mí la ballestilla.

¡Ay de mí! Por soberbia me tiene la Fortuna, pues así me trata, pareciéndole que para humillar mi entonación son necesarias todas estas diligencias. ¡Oh Fortuna! Admito la advertencia, pero niego el presupuesto. Nadie piense que el intitularme Pícara es humildad superba o que pretendo hacer lo que algunos; los cuales, disfrazando su nombre o debajo de bucólicas églogas y diálogos pastoriles, intentan lisonjear a otros y ensalzarse a sí mismos, volviendo las trabas en sueltas, trepando con grillos de cordel y sacando caras de hombres debajo de las máscaras de monas. Que quien entienda bien qué cosa es nombrarme la Pícara, dará por creído que tomo otro rumbo y voy ajena de toda soberbia y altivez.

Herodes se ensoberbeció tanto un día que se vio adornado con ricas ropas de tela, reverberantes con el sol, que, deslumbrado del resplandor de su vestido, o por mejor decir, de su ignorancia, dio en decir que era dios y que como a tal le adorasen. Mas, como el cielo es enemigo de soberbios —y tanto, que por no poder sufrirlos, dio con la carga en el suelo y aun en el infierno—, quiso confundir su soberbia loca a papirotos, y aun a menos. Con-

Sopla Justina, y cáese tinta en la saya.

La mancha es mal pronóstico, y lo primero es símbolo de castigo de soberbia.

El título de pícara no es con mal fin. Autores hay que, con apariencia de estilo humilde, lisonjean y hacen otras impertinencias.

Historia de Herodes, ensoberbecido con sus vestidos.

El cielo, enemigo de soberbios

fundiole con manchas, las cuales, cayendo sobre la ropa, le traspasaron el alma, como si cada gota llevara una saeta de celestial fuego envuelta en sí. Y fue que un día le envió tanta agua, y con ella manchas sobre su vestido rico, con que le dio bien a entender que su nueva divinidad era ahogadiza y pasada por agua, y aun aperdigada a ser pasada por fuego. Justo castigo, no lo niego. Justa pena contra quien, por verse vestido de oro, se olvida que es de polvo y lodo, como si el oro y cuantos ricos metales hay no trajesen consigo la memoria de la muerte y corrupción en razón de que las arenas exhaladas, corrompidas y acabadas, en virtud de su corrupción, se convierten en zafiros y en las demás piedras y metales preciosos. Y la misma memoria traen las sedas consigo por haberlas tejido y labrado un gusano; el cual, por unos mismos pasos, va caminando a la muerte y a hacer su tela.

Divinidad
ahogadiza, etc.

Todo es memoria
de la muerte: oro
y metales,
sedas.

Gusano de seda.

Mas, ¿a qué propósito se ha enfrascado Justina en el Miércoles de Ceniza, no habiendo pasado Carnestolendas? Yo te lo diré, amigo preguntador. A un Herodes relleno de divinidad postiza, bien fue que la tinta le diese a entender que tenía más de manchego que de inmortal dios. Pero ni de mi vestido, ni del nombre que me doy en esta historia, ¿qué soberbia se puede presumir para que así me humille el cielo? Es, sin duda, que me tienen por tan soberbia los murmuradores de estos mis escritos que han pedido al cielo, que, para humillar mi entono, no se contente con haberme echado en remojo a puro hacer saliva, sino que llueva agua de Guinea sobre mis vestidos. Pues, por mi fe, que no hay para qué.

Excúsase de la
comparación de
Herodes, y
atribúyelo a los
murmuradores.

Ya sería posible que esta culpa no estuviese en mí, sino en mi saya. Mas, por cierto, que no

sé yo, saya mía, qué culpas sean las vuestras que merezcan tan desproporcionadas penas; antes, de verdad, afirmo que en mi vida tuve saya que más en estado de inocencia viviese. Diome esta saya un inocente de los que caen por verano, habrá cuatro días, con tan sana intención y con tantas reverencias, que tuve escrúpulo de vestir saya tan reverenciada y reverenda, imaginando si acaso la había rifado a alguna imagen; como el otro que azotaron porque, después de haber ganado a san Antón la moneda, le rifó todas las cochinillas que le encomendasen aquel año. Y lo mismo hizo con una santa Lucía, a quien, después de ganado el dinero que tenía para aceite a la lámpara, le dijo: «Señora santa Lucía, una noche, y sin ojos, bien os podréis acostar a oscuras».

Con su salsa se lo coma, que, a lo menos, si pudo rifar la moneda a estos santos, pero no los docientos amapolos que le mandaron asentar los señores inquisidores por estas insolencias y otras semejantes; que ni en burlas ni en veras es bueno partir peras con los santos, que son nuestros amos. Así que, quizá este era rifa-sayas, como el otro era rifacochinos. Pero débome de engañar; sin duda fue que aquel bendito que me dio la saya había sido fraile novicio y, al dármele, no me habló por no quebrar silencio, si ya no es que las niñas de sus ojos —como niñas, en fin, parleras— me hablaron un montón de cosicas. También es verdad que ayer, que se contaron tres días después de la data, salió, como ahogado, a la orilla del río, donde me columbró, yendo yo a una ermita de un ventero, y me dijo dos o tres razones pavonadas, en que me apuntó algo tocante a la saya. Mas, como yo estaba ya ensayada y ero moza de buenas costumbres y

Cuenta cómo le dio la saya un bobo, y que la saya no tiene culpa que merezca pena de mancha. El rifador castigado.

Niñas de los ojos.

mejores pasos, y el hombre no sonaba, no dejé el portante; sino, a lo envarado, le volví a mirar con unos ojos que enfrenaran un berraco; y, desde aquel punto y hora, quedó tan a tapón el pobre noviciote, que no me ha dicho chus ni mus. Así que la saya no tiene la culpa, la pecadora, y no sería justo que, si la culpa es mía, lo pague ella.

Señora saya, que ya se pasó el tiempo de los sicionios, Píndaros, colonios, en el cual ahorcaban los sayos y sayas de los malhechores; lo cual, después, la gentilidad tomó por jiroglífico de la injusticia que hacen los jueces cuando imponen al inocente la culpa del malhechor. Mas ya podría ser que alguna otra saya mía, compañera vuestra, os hubiese pegado ruines mañas mercedoras de estas manchas; que esto de malas mañas pégase más que frisa de verdugo a carnes de público penitente.

Mas ¿qué hago de espulgar culpas de mi saya? Ya no me falta sino mirar si en el alforza se le ha retraído algún pecado nefando o alguna descomunió de matar candelas, según ando echándola hurones que husmeen los deméritos que la acarrearón la mácula. Mas, ¿para qué me gasto?, ¿para qué me consumo en despabilar las entendederas? ¿Qué puede haber sido el haberme manchado, lo primero los dedos, y lo segundo el vestido, sino un pronóstico y figura de lo que me ha de suceder acerca de mi libro, si ya no me ha sucedido? Los dedos, ¿no son con quien escribo mi historia? Pues ¿quién duda sino que el haber caído en ellos mancha pronostica las muchas que han de poner o imponer a mis escritos?

Acuérdome haber leído que, tomando Aristóteles la pluma en la mano para escribir ciertas cosas contra Platón, cayó una china de lo

Jeroglífico de la injusticia.

Péganse las malas mañas.

La significación de la mancha a propósito de hacer su introducción el autor.

alto, la cual le hirió en el pulgar, y, aunque no era nada agorero, dijo: «Dedo apedreado no puede apedrear bien». Y cesó, por entonces, de impugnar a Platón.

Dicho notable de Aristóteles.

A propósito: mancharse mi dedo, y con el mismo material que le había de ayudar a escribir, es cierto pronóstico de que pondrán tachas o impondrán mácula y dolo en los dedos que lo escriben, cuanto y más en la intención mía y en la perfección de esta mi obra. Y el haberseme manchado la saya con que yo me adorno es indicio de que no solo en la sustancia de esta historia pondrán los murmuradores falta y dolo, pero aun en el modo del decir y en el ornato de ella; conviene a saber: en los cuentos accesorios, fábulas, jiroglíficos, humanidades y erudición retórica pondrán más faltas que hay en el juego de la pelota. Pero pongan, que les llamaré gallinas; murmuren, que sobre lo que se habla no están impuestos millones; desustancien, que no les engordará el caldo esforzado que de aquí sacaren; digan, que de Dios dijeron; deslustren, desadornen. ¿Saben con qué me consuelo? Con una carretada de refranes: arrastren la colcha para que se goce la moza; tras diez días de ayunque de herrero, duerme al son el perro; tañe el esquilón y duermen los tordos al son; al son que llora la vieja, canta el cura en la iglesia.

Aplicación.

¡Afuera, murmuradores, cuyas lenguas son acicates de mi intención! Cuanto y más, que el tiempo, aunque es todo locura, todo lo cura; y es cierto, que ningún otro médico da tan infalibles recetas para curar un desengaño. Y por eso dijo bien un poeta: «No hay mancha que con algo no se quite, ni detracción que el tiempo no desquite». Si yo manchare ajenas vidas, linajes, estados, oficios o perso-

Refranes a propósito de tener en poco el qué dirán.

nas, o descubriere algún nocivo secreto, el Cielo manche mi honor. Mas, pues no trato de eso, ¿por qué me quieren matare?

Excúsase de murmuradora y maldiciente.

—Venga jabón, Marina, no te dé pena mi mal; que, como dice el refrán, no temas mancha que sale con agua.

Habla con su criada.

¡Donosa hisopada, que así me ha salmionado la saya! ¡Vive diez, que como la saya es blanca y se ha salpimentado con tinta, parece naípe de suplicacionero! Mas no importa, que las astutas, de un momento a otro momento, hacemos verano y mudamos rostro, edad y casa. ¡Qué aliño para no mudar saya! ¡Vive diez! No digo yo saya, pero, a poder de miel cerotera, entraremos en tantas mudas, que mudemos el pellejo como la culebra o *cilibra*, que así la llaman unas benditas de mi barrio, que llaman a las zapatillas, *daifas*; a las ligas, *tene-dorcillos*; a las calzas, *taleguillas*; al faldellín, *cercomenor*; a las piernas, *listoncillas*; al culantro, *cilantró*; a las turmas del carnero, *hígado blanco*, y usan otros nombres a este tono, que los debieron de hallar en la calepina machorra, a quien atribuyó la otra Melibea, que decía que este nombre asno se había de escribir con equis. Pero, dejados asnos a un lado,

Mira la saya más atentamente y apódala.

Treta de astutas.

Nombres varios impuestos por las melindrosas.

—Venga papel, Marina.

Aprovechamiento

Especial vicio es de gente perdida no llorar los graves desastres de su alma y lamentar ligeros daños del cuerpo. Tal se pinta esta mujercilla, la cual llora la mancha de una saya como su total ruina y de sus inormes pecados no hace caso. De este género de gente dijo el Profeta: «Tienen manchas desde la cabeza a los pies y, siquiera, no cuidan del fin en que vendrán a parar males tamaños».

NÚMERO III

*Del melindre a la culebrilla**Suma del número.*Soneto de pies agudos
al medio y al fin

*Púsose a escribir Justina, y vio
pintada una culebra en el papel.
Espantose y llamó al ángel san Miguel,
diciendo: «¡Ay, que es culebra, y me mordió!*

*Mas ¿si es pintada? Sí es. Mas bien sé yo
que la culebra es símbolo cruel».*

*Franqueola el temor, luchó con él;
es cobarde el temor y amainó.*

*Ya que vio la figura sin temor,
discurre así: «¿Acaso este animal
anuncia solo mal? No. Pues ¿qué más?*

*Bienes. ¿Cuáles son? Fuerza y valor,
prudencia, sanidad. ¡Oh pesia tal!*

¿Qué me detengo, pesar de Barrabás?».

Vio Justina una culebrilla en el papel. De lo cual hace donosos melindres y, en achaque de consuelo, declara el autor su intento y hace prólogo al lector.

—¡Jesús, mi bien! ¿Qué has traído aquí, Marina?

Buena sea la hora que nombré culebra, pues veo con mis ojos la que con la boca nombré. Mas ¿si es dragón? ¿Si me ha mordido? ¿Si me moriré? ¡Ay Dios! Al rostro me mira: debe de ser saltarrostro. ¡Válgame san Miguel, que venció al diablo; san Rafael, que mató al pece!; ¡válgame san Jorge, que mató la araña, y san Daniel, que venció a los leones!, ¡válgame santa Catalina y santa Marina, abogadas contra las bestias fieras! ¡Ayme!, ¿dónde huiré? Mas ¡qué boba soy!, que no es cosa viva, sino culebra pintada en el papel que llaman de culebrilla. Ya parece que se me ha tornado el alma al cuerpo; ya no tengo miedo. Mas ¡ay, qué necia! ¡Qué presto nos consolamos las

Miró Justina al papel de culebrilla y hace melindres de haber visto la culebra. Habla con su criada. Tornó sobre sí Justina y vio que la culebra era pintada en el papel.

mujeres con cosas pintadas! Debe de ser porque somos amigas de andarlo siempre. Mas, si va a decir verdad, por mal pronóstico tengo ver pintada culebra en el papel en quien estampo mis conceptos, y, especialmente, me da pena el haberla visto al tiempo que tomé la pluma en la mano.

Mujer, cosa pintada.

¡No fuera este papel de la mano! Ya siquiera, con serlo, persuadírame a que después de escrito, tuviera mano para hacerme mercedes y me acarreará honra y provecho, dándome a maravedí el palmo. ¡No fuera este papel de la mano, para ganar por ella a los que blasfemaren de estos renglones por ser obras de las mías! Si fuera de la mano, creyera que era mostrador del reloj, con que pintan a la esperanza cuerda. Pero, siendo de culebrilla, entenderé que es amenaza de la envidia, cuyas armas fueron una sierpe o culebra que va engullendo un corazón.

El papel de la mano es buen pronóstico. Hace de todo introducción a su propósito.

Jiroglífico de la esperanza y de la envidia.

¡Ay, mi Dios! Papel mío, ya que no sois de la mano, ¿por qué no fuistes del corazón, para que en la historia donde hago alarde de algunos empleos del mío, fuérades tan felice pronóstico como yo deseo? Necesidad teníades de corazón para mostrarle en las adversidades en que os habéis de ver, y aun cuando tuviérades dos, como las perdices de Paflagonia, no fueran de sobra. Mientras un animal muerto tiene dentro de sí el corazón, tarde y mal le penetra el fuego. Y así, si vos, aunque vais muerto, tuviérades corazón, tarde os venciera el fuego de la envidia de mis contrarios; los cuales, por momentos, intentarán alquitranaros con el fuego de sus lenguas fogosas. Pero, siendo de culebrilla, pensaré que sois el fogoso cancerbero o que habéis de ser traidor y ofreceros a quien de vos se quisiere servir

Papel de corazón, buen pronóstico.

Perdices de Paflagonia. Excelencia del corazón.

Culebrilla es símbolo de daños. Refiérense y decláranse.

para atacar contra mí la culebrina de su intención infernal.

En ver que tenéis culebrilla o dragón pintado se me caen las alas de águila, tan propias de mi arriscado ingenio, y me parece que, así como es propiedad del dragón subirse al encumbrado nido de la real águila, donde, con el veneno que allí pone, quitara la vida a sus polluelos si el águila no se valiera de la preciosa piedra etites, llamada comúnmente piedra del águila, que es única para malos partos, para ser gratos y amorosos, y tiene otras excelentes propiedades; así pienso que, cuando yo más me encumbrare en el nido de la altísima elocuencia, cuando más levantara el estilo sobre las nubes de la retórica, entonces el villano y terrestre vulgo hará alas de la envidia y veneno de la murmuración, y querrá, como el dragón, oprimir los polluelos de mi entendimiento, que son mis conceptos y discursos ingeniosos, que creo son particulares por haber sido engendrados de un ingenio razonablejón, crecidos con lección varia, aumentados con la experiencia, acompañados y bañados de dulces facecias, que, demás de ser sin perjuicio de nadie, van en un estilo muy aparejado para dar bohemio a los principotes, cansados de cansar y estar cansados.

Mas, ¿de qué temo?, ¿qué me acobarda? Ya pensará alguno que soy agorera, y tengo tanto de eso como de ermitaña. ¿Es posible que la culebra solo anuncia males, y solo es tablilla de malas mensajerías? No lo creo. No hay animal cuyas propiedades, en todo y por todo, sean tan malignas que, a vueltas de algunas nocivas, no tenga otras útiles y provechosas. La hormiga con su gulosía daña y con su diligencia enseña; la abeja con su miel convida y

Propiedades del águila y dragón y etites.

Alabanzas de la historia y historiador.

Todo animal tiene algunas buenas propiedades, en virtud de las cuales significa algo bueno: hormiga, abeja, león, águila.

con su aguijón atemoriza; el león con su cólera mata y con su nobleza acaricia; el águila con su fiereza persigue al dragón, mas con su realeza ampara los hijos de la cigüeña montañesa, su media hermana; los elementos con sus excesos matan y con su temperamento vivifican; los animales venenosos, con lo mismo que dañan, aprovechan a los heridos; luego no es de creer que haya animal el cual no tenga algunas buenas cualidades que sean pronósticos de algún buen suceso. Según eso, algo de bueno habrá en la culebrilla que me prometa un venturoso fin.

Elementos.

Animales venenosos.

Milagro es que no se me acuerde a mí lo bueno que significa la culebrilla, que no hay hoja en los jiroglíficos, ni en cuantos autores romancistas hay, que yo no tenga cancelada, rayada y notada. Doyme en la frente con la palma para preguntar a mi memoria si está en casa. ¡Ya, ya!, ya se me acuerdan mil primores acerca del símbolo y buen anuncio de la culebrilla.

Justina, lectora de romancistas.

—Moza, abre esas ventanas; que, según me hierva de conceptos esta cholla, no hay papel en casa de Anica la papelera, ni tinta en los tinteros, para comenzar a discantar los alegres pronósticos que me anuncia para en este caso la culebrilla, cuyo temor he rendido con la memoria de lo que tengo de escribir a este propósito.

Habla con su criada.

Por cierto, si bien lo miro, antes tengo por anuncio de gran consuelo que el papel en quien deposito mis conceptos y mi sabiduría sea de culebrillas. Lo primero, porque quien viere que mis escritos tienen por arma y blasón una culebra, pensarán que soy otra diosa Sofía, reina de la elocuencia, y que me convertí en culebra, no para engañar al dormido

Culebra, feliz pronóstico de muchas maneras.

Fábula de la diosa de la sabiduría y de la elocuencia.

Adán, como los herejes valentinianos lo afirmaron de la dicha diosa Sofía, vuelta en culebrilla, sino para enseñar sabiduría a los dormidos que no saben en qué mundo viven, según como lo canta el poético coro de la misma Sofía vuelta en culebra. Y, en parte, no se engañará quien pensare de mí aquesto, porque yo, en el discurso de este mi libro, no quiero engañar como sirena, ni adormecer como Cándida, ni transformar como Circe o Medea, ni entontecer como Cécrope, ni deslumbrar como Silvia; que, si esto pretendiera, no pusiera las redes en la plaza del mundo ni las marañas por escrito y de molde. Quiero despertar amodorrados ignorantes, amonestar y enseñar los simples para que sepan huir de lo mismo que al parecer persuado. No hablo con los necios, que para ser oidores de mi sala, a los tales cuéntolos por sordos; y aun ternía a gran merced si para en caso de leer fuesen ciegos, que de esta suerte pensaría que, siéndolo, me serían más aceptas las oraciones que me rezasen a cierra ojos, que con ellos. Así que, lo primero, la culebrilla os significa la desengañadora elocuencia mía.

Pintan a Aristóteles como que traslada sus escritos del corazón de una culebra por ser ella símbolo de la prudencia, astucia y sabiduría. Y así debo entender que a mi autoridad importa que el papel en quien yo escribo sea de culebrilla, porque de aquí colegirán mis devotos, si gustaren, y mis enemigos, aunque les pese, que mucho de lo que aquí dije lo trasladé del mismo original, de quien Aristóteles trasladó la ciencia con que se alumbró el orbe.

Esculapio, dios de la medicina, tuvo por armas y blasón una culebrilla argentada, en memoria de que en figura de culebra hizo

Valentinianos.

Intento del autor en su libro: es desengañar ignorantes.

Despídese de los necios el autor.

Sabiduría de Aristótil significada por la culebra.

Medicina de ignorantes, significada por la culebra sicionia.

en Sicionia milagrosas curas, en especial en materia de ojos. Esto me viene muy a propósito, porque la culebrilla me promete —y yo me prometo— que con mis escritos he de curar y desengañar muchos ciegos; conviene a saber: madres descuidadas, padres necios, inocentes niñas, errados mancebos, labradores tochos, estudiantes boquirrubios, viejos locos, viudas fáciles, jueces tardos. Y debérseme ha el blasón de segunda Esculapia, pues lo que la culebra rasguña, mis obras lo dibujan. Y si faltare quien me diga un amén, por lo menos podré decir que una escritora ha dicho gran bien de mis cosas, y será tanta verdad como que yo soy nacida y tengo boca.

Provechos de este libro.

Justina, segunda Esculapia.

El dios Mercurio era el dios de los discretos, de los facetos, de los graciosos y bien hablantes, y este tenía por armas una hermosa culebra enroscada en un báculo de oro. Según eso, norabuena os vea yo, culebrilla mía, enroscada en el papel sobre quien yo recliné mi corazón y mis manos. Pues con esto entenderán los que en vos vieren mis obras que no les quiero dar pena, sino buenas nuevas, como el dios Mercurio; que les hablo con donaire y gracia y sin daño de barras; que, si con lisonjas unto el casco, por lo menos no es unto sin sal; que, si amago, no ofendo; que, si cuento, no canso; que, si una liendre hurto a la fama de alguno, le restituyo un caballo; que con los discretos hablo bien, y con los necios hablo en necio para que me entiendan. En fin, todas son gracias de Mercurio, y si doy algún disgusto, es con palo de oro, que es como palos de dama, que ni dañan ni matan.

Gracia y donaire, significado por la culebrilla.

Intento del autor es dar gusto sin hacer daño.

Palo de dama.

Pero ya que tantas cosas se me acuerdan en pro del prójimo, querría dar con alguna en derecho de mi dedo, por no ser del bando de

los galeotes, que dicen no se haber ensillado para ellos el refrán que dice: «más cerca está la camisa que el sayo».

¡Ya! ¡Ya! ¡Una boa! La culebra, para no dar a la muerte franco el postigo de los oídos, por donde el encantador la guía, cose el un oído con el suelo, y el otro zúrcele con la cola, para que, a puerta cerrada, se torne la muerte y aun el diablo. ¡Oh culebrilla, amiga mía, y qué bien me está remirarme en el espejo que me aclara vuestro catecismo, y aprender en él y en vos cómo me he de defender de los que, so capa de melosas lisonjas, me baldonan! Bien sé que de estos sirenos enmascarados me han de salir a cantar y ladrar juntamente. Unos me dirán: «Buena está la picarada, señor licenciado». Otro dirá: «Gentil picardía». Otro: «¡Oh qué pícaro libro!». Otro dirá: «Buena está la justinada». Otros: «Bueno es el conceptillo, agudo pensamiento, gánasela a *Celestina* y al *Pícaro*».

¡Dolor de mí, si yo no supiera que hay mordiladas insertas en unción de casco y pullas envueltas en lisonjas, y aun envidias enroscadas en alabanzas! Hermanitos, a otro perro.

Mil años ha que hice esta obrecilla. Para aquel tiempo, sobraba; y si no fueran mocitos, que de lástima no me han dejado vaciar esta conserva, ya hubiera este librito ídose por su pie a la especería. Dícenme que está muy bueno el librito picarero y que se holgarán con él. Vayáis norabuena, librito mío, que más cuestan los naipes y valen menos. Si ello el libro está bueno, buen provecho les haga; y si malo, perdonen, que mal se pueden purgar bien los enfermos si yo me pongo ahora muy despacio a purgar la pícara. Mas ¡ay!, que se me olvidaba que ero mujer y me llamo Justina. Vayan

Propiedad de la culebra.

Remedio contra los lisonjeros, significado por la culebrilla. Fisgas del libro de la pícara.

Responde a las táticas del murmurador.

Habla con el libro.

con Dios, que estábamos hablando yo y el señor don papel de culebrilla.

Señor don papel: como digo de mi cuento, si alguno de estos hombriperros o perrihombres os saliere a cantar por delante y a morder por detrás, no tengáis pena; que, teniendo culebrilla, con los que os ladraren, jugaréis de diente, y con los que os cantaren, con lisonja o sin lisonja, haréis lo que la culebra, cosiendo el un oído con el suelo de humildad y el otro con la cola de despedida.

El ignorante vulgo es de casta de perro de aldea, que halaga al zafio mal vestido, y ladra y muerde al caballero bien ataviado que pasa de camino, no teniendo otra causa de este mal acierto, otra que su natural ignorancia y el no tener trato ordinario con los de hábito semejante. Así el vulgo ignorante, como no conoce ni sabe qué cosa es una discreción en hábito peregrino, a vulto ladra a la fama del autor, y aun si puede morder, se ceba asaz.

Culebra tenéis, papel mío; defendeos. Si a lo grave que tenéis os perdieren el respeto, silbades, y aprovechaos de que tenéis culebra y tenéis de pícaro lo que yo de pícara. Y si prohibiaren, mordered, que los dientes no se hicieron para echar melecinas. Solo os pido que si llegare un Pérez de Guzmán el Bueno, os rindáis a su grandeza, acompañada de su hidalga intención y noble proceder; que ni por Pérez tendrá pereza en haceros bien, ni por Guzmán le será nuevo el usar de cortesía. Y, generalmente, quiero que os rindáis y sujetéis al noble lector que con bondad pasare los ojos por vuestros sanos consejos, vestidos con el zurrón de chistes y gracias picarescas; que, en fin, tenéis culebra, y es vuestro oficio andar pecho por tierra.

Torna a hablar con el papel de culebrilla.

Definición del vulgo, que es perro de aldea.

Capta la benevolencia a los corteses. Pérez de Guzmán.

Ahora bien, mal o bien preparado, ya tengo papel sin temor, dedo sin mancha y pluma sin pelos. Puesta estoy a figura para escribir. No me faltaba sino que vos, señor tintero, os entonásedes y hubiésemos menester haceros otros tantos conjuros. Mas yo os fío; que, siendo tan propio de cornudos el sufrir, siendo vos de puro cuerno —por bien lo nombremos—, forzoso será que sufráis estocadas de pluma que os saquen sangre tinta y tengáis tanta paciencia cuanta suele tener una olla de mondonguera o malcocinada, en la cual —según decía Cisneros—, es mucho de ponderar que, aunque tan de ordinario es combatida de esmerilazos de cuchar herrera, jamás quebró, ni estalló, ni hendió por los lados más que si las tales ollas fueran encantadas.

Habla con el tintero.

Olla de mondonguera.

¡Agua va! Desvíense, que lo tengo todo a punto; y va de historia.

Aprovechamiento

La verdadera sabiduría es luz que no solo descubre su objeto, pero a sí misma se manifiesta a quien la posee, de manera que nadie hay que mejor sepa lo que sabe, o lo que ignora, que aquel en quien la ciencia está. Y, por el contrario, el ignorante la primera ignorancia que tiene es de que es ignorante. De aquí es que con razón pinta el autor esta mujercilla tan hueca de cuatro jiroglíficos que leyó en cualquier romancero, en el entretanto que se le secaban los paños o traían el medio para medir cebada, que le parece que no hay sabio de Grecia a quien no lo gane, ni hombre que no envidie su sabiduría y elocuencia.